

por la Universidad Pontificia de Roma y experimentar una profunda crisis, motivada por la dicotomía sacerdote o poeta, superada tras asumir esa dualidad. De ahí que la poesía de Valentín Arteaga tenga una buena dosis de intimismo oracional, por una parte, y espíritu goliardo, por otra.

En los primeros libros de Valentín Arteaga, la herencia de la generación del 50 es clara y manifiesta, especialmente en lo que se refiere a la forma de estructurar el lenguaje, vehículo de una poética de la experiencia que, poco a poco, cual sucede con sus compañeros de la generación a la que, cronológicamente, pertenece, a la del 60, se va decantando hacia el conocimiento y la reflexión. Estamos, pues, en su primera etapa, a la que pertenecen De par en par, Dios en voz baja y, sobre todo, Cuando llueve en tus ojos, publicados entre 1973 y 1975.

Al principio, no obstante, hacíamos referencia a la soledad del poeta. Necesario será no perderla de vista, por cuanto Valentín Arteaga elabora su obra, en este periodo, al margen del devenir literario de su país, impregnándose de clasicismo y mediterraneidad en Roma y Palermo, de donde pasa a Menorca y Barcelona, y, finalmente, a Madrid, donde retoma el pulso a la poesía española, cuando ya los novisimos han tomado el relevo generacional.

Hablé de soledad porque, en este periodo, Valentín Arteaga, y como insinuaba, escribe en solitario. Su poesía incorpora una negable dosis de culturalismo en feliz maridaje con la luz y el color que le aportan los recuerdos de su tierra natal y sus intensas vivencias del mundo mediterráneo.

Estas características constituyen la tónica general en el momento en que se publican sus libros. Sin embargo, el esteticismo de los novisimos va a acendrar el propio, operándose un afianzamiento estético que induce al poeta a articular su lenguaje sobre el valor esencial de la palabra y la incorporación de un depurado Helenismo cuya brillante imaginería se mezcla con la extraída de la liturgia católica. El periodo se abre en 1979 con ...Y aún no había raíces y, tras Arde el sol como un templo, culminará en Retablo de ceniza (1981).

Como dijera José López Martínez, a lo largo de este periodo "un profundo desasosiego metafísico, una latente preocupación religiosa enmarcan la totalidad de su escritura... todo está determinado por acendrado sentimiento humanístico del tiempo y de las cosas." El propio Valentín Arteaga, confesaba a propósito del último: "Un libro de quejumbre esperanzada. De mucho llanto iluminado. Una profecía para nuestro tiempo y, al cabo y al fin, un acto de fe en el hombre, en la poesía, en los valores espirituales... Es litúrgico en el sentido estético, más que religioso o de celebración cultural. Me valgo de las connotaciones de la liturgia de las horas, del coro de los monjes o del breviario cristiano para denunciar este tiempo nuestro que ha desbaratado el misterio, que está a punto de sofocar la espiritualidad." Se trata, en efecto, de un libro profundo, especulativo y sugeridor, arropado en imágenes luminosas de radiante plasticidad; una suerte de monólogo interior, recorrido por la emoción del asombro, plasmado sobre el papel con colores tibios de preciosa factura mediterránea, en un lenguaje que, recordándonos inevitablemente ora a Cavafis, ora a Antonio Colinas, lleva la fina impronta de su autor.